

CAPÍTULO 1: ESPERANZA PARA EL DESCARRIADO

El pastor recibió una nota que decía: "¿Qué puedo hacer, ya que me he apartado de la iglesia? Quiero volver desesperadamente, pero ¿Cómo? He fracasado muchas veces, y el deseo de intentar de nuevo es cada vez menor. Predique sobre esto, pastor, y por favor, ore por mí". Esta nota representa la condición de miles de miembros de iglesia. Algunos de nosotros somos más o menos sensibles frente a peticiones como ésta, porque entre los apartados, se encuentran algunas de nuestras personas favoritas. Muchos de los que se consideran perdidos, probablemente serían los cristianos más genuinos y consagrados, si tan sólo entendieran el Evangelio. Con seguridad, Dios es muy paciente con aquellos que nunca supieron de qué se estaban apartando.

Cuando una Iglesia empieza a escuchar sermones relativos a las buenas nuevas de Jesús y su justicia, sus miembros se conmueven. Cuando exaltamos ante otros la bondad de Jesús en lugar de la nuestra, los oyentes nunca más son los mismos. Se inclinan hacia una u otra dirección.

Lo inexplicable de esto, radica en que entre los primeros que parecen sobresaltarse, están los portaestandartes: los miembros fieles de la iglesia, mientras que los que muy a menudo se muestran realmente interesados, son los aparentemente más liberales: los de adorno exterior, los que se muestran un tanto descuidados con algunas de las tradiciones paternas. Esto podría provocar insomnio a cualquier predicador, a menos que recuerde que Jesús fue acusado de ser amigo de publicanos, borrachos y pecadores. ¡Por lo visto, aquellos eran algunos de sus personajes favoritos! Hay un hecho que resulta doloroso. Es posible que una persona sea miembro de iglesia, y lo sea por muchos años, con el fin específico de huir de una relación con Jesús. Y por supuesto, la iglesia más cómoda para este tipo de personas es aquella que les dice que pueden hacer muchas cosas para ganar su entrada en el Cielo, y donde al mismo tiempo, aprenden a depender menos de Cristo. De ahí que las religiones que basan sus creencias en formas externas resultan más atractivas para los inconversos. "Dame algo que hacer, para no tener que admitir que no puedo hacer nada para lograr mi salvación". Este parece ser el lema de quienes huyen de Dios, pero quieren seguir manteniendo una apariencia de religión.

Lo menos que podemos esperar, es que los que permanecen en la iglesia huyendo de Dios, uno por uno, puedan ver algo mejor, puedan caer sobre la Roca y ser quebrantados, y que también uno por uno de los liberales empiece a conmoverse y cambiar su estilo de vida cuando escuchen el evangelio. Porque Jesús nunca hace su morada en un individuo, sin escribir su Ley en su corazón. Así es. Siempre que se exalte la justicia de Cristo, la gente se dividirá en dos bandos.

Algo que sucederá cerca del fin, poco antes de la venida de Cristo, será que muchos de los que se apartaron regresarán a la iglesia, y muchos de los de la vieja guardia, irán a engrosar el grupo de los perdidos.

En Jeremías capítulo 3, encontramos el mensaje dirigido a los rebeldes, y probablemente sea aquí donde más se use esta palabra en un determinado capítulo. Vamos a analizar especialmente los versículos 12 al 15, y 22 y 23:

"Ve, y clama estas palabras hacia el norte, y di: Vuélvete, oh rebelde Israel, dice el Eterno. No haré caer mi ira sobre ti, porque soy compasivo, dice el Eterno, no guardaré para siempre el enojo. Reconoce tu culpa. Te has rebelado contra el Eterno tu Dios. Has esparcido tus favores a dioses extraños debajo de todo árbol umbroso, y no me has obedecido, dice el Eterno. Convertíos, hijos rebeldes, dice el Eterno, porque Yo Soy vuestro esposo. Y os tomaré uno de cada ciudad (esto es, de una familia de ciudades), y dos de cada familia, y os introduciré en Sion. Y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con conocimiento e inteligencia."

El versículo 22 dice: "Convertíos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones". ¿Te gustan las promesas de la Biblia? Esta es una de ellas: "Sanaré vuestras rebeliones".

"Aquí estamos, venimos a ti, porque tú eres el Eterno nuestro Dios. Ciertamente vanidad son los collados, la multitud de los montes. Ciertamente en el Señor nuestro Dios, está la salvación de Israel". (Versículos 22, 23).

HAY DIFERENTES TIPOS DE DESCARRIADOS

Ahora encontraremos una definición. ¿Quién es un perdido? Es posible, que a veces consideremos perdidas a personas que no lo están. Y viceversa, que pensemos que nosotros no estamos perdidos, y lo estemos.

El descarriado legalista. Es posible que un descarriado legalista, se haya criado en el seno de una familia que profesa una religión legalista, orientada hacia la conducta o el comportamiento, pero que se ha apartado de ella. Según la lógica y la razón, y sabiendo cómo es el carácter de Dios, él es muy paciente con este tipo de descarriados. Hay personas que se apartan de la fe, porque se educaron bajo un sistema académico legalista. Sin duda, Dios trata a esas personas con una gran comprensión. Y es muy posible que haya personas que se apartan de una congregación legalista. Si la religión que ellos conocen consiste en "haz esto", "no hagas aquello" y normas y reglamentos (si sabe bien, no lo comas, si luce bien, no lo mires, si parece bueno, no lo toques, y si parece divertido, por favor, no lo hagas), entonces podemos entender por qué hay tantos de los así llamados perdidos.

Hay quienes argumentan que ellos se apartaron de la iglesia, no de Dios. Esto crea un verdadero problema, porque de acuerdo con la Biblia, ambas realidades son inseparables. En 1era Corintios 12, dice que es imposible que un miembro del cuerpo viva separado del resto del cuerpo. Si le cortas la cola a una lagartija, es posible que le crezca de nuevo, pero esa cola jamás se convertirá en otra lagartija. Disfrázalo como quieras, pero la persona que se aparta porque se desanima de la iglesia, de su familia, o de una escuela, invariablemente se enfriará y le resultarán indiferentes las cosas de Dios. Nadie puede vivir mucho tiempo separado del cuerpo. Hay personas que encuentran ayuda en un cuerpo místico de creyentes fuera de la iglesia organizada, pero la Biblia habla tanto del cuerpo místico, como del organizado. Ambos están comprendidos en 1era Corintios 12.

De manera que tropezamos con personas que se apartaron de la iglesia, y que nunca tuvieron la intención de alejarse de Dios. Pero allá afuera hace frío, y se sienten sus efectos. Quizás esto no fuera del todo malo, si esa experiencia despertara en ellos el deseo de sentirse de nuevo partícipes del calor de adentro. Hay quienes me han dicho que pensaron que la Iglesia era fría, pero con asombro descubrieron que afuera hacía mucho más frío.

El descarriado "pecador descarado". Otra clase de "perdido" es aquel que se parece a David, que se desvió de la pureza al pecado descarado, aunque siempre permaneció en la iglesia. De hecho, inunca dejó de ser rey! Por lo tanto, es posible apartarse en términos de conducta, comportamiento y hechos, lo cual podría ser simplemente un síntoma, de que la perdición se efectúa en el mismo corazón. Por fortuna, también hay esperanza para esta clase de personas, como la hubo para David. Y la esperanza se hizo realidad cuando vio su necesidad, como lo evidencia el Salmo 51.

El descarriado "pródigo". Tenemos también al extraviado que ha estado siempre cerca del Padre, que ha disfrutado de su amor y sabe que es bueno. El hijo pródigo es el ejemplo clásico de esta clase de personas. Si buscas en la Biblia casos de perdidos, debes incluir al hijo pródigo,

¿no es cierto? En este relato es difícil encontrar una falta en el Padre. Jesús contó esta

historia para que sepamos cómo es Dios realmente. El Padre del relato es el mismo Dios. Así que no podemos decir que el hijo pródigo creció en un hogar legalista, y que tuvo buenos motivos para apartarse. Él venía de una familia bien constituida, pero decidió apartarse. De manera que lo ves un día andando por la calle, en compañía de la tercera parte de los ángeles del cielo.

Pero un día, el hijo pródigo recapacitó, recordó el amor de su Padre, decidió volver y fue recibido en casa. Contrariamente a su idea de regresar como un sirviente, fue recibido nuevamente como hijo, porque él seguía siendo un hijo. Los hijos siguen siendo hijos aunque se extravíen. El pródigo recibió la bienvenida, sin siquiera haber confesado su falta. El beso del perdón y los abrazos del amor sobrepusieron al intento inútil de disculparse con un "discursito", lo cual comprueba que Dios acepta a la persona que se allega a Él, con sus andrajos, tal como es.

ANATOMÍA DEL REBELDE

Veamos la anatomía del rebelde. ¿Cómo se extravía la persona? ¿Por qué lo hace?

La infidelidad empieza en el corazón. Según Proverbios 14:14, toda desviación empieza en el corazón. "El infiel se hastía de sus caminos, pero el hombre de bien estará contento del suyo". Nota que no dice que el infiel está hastiado en sí mismo, sino de sí mismo (de él). Los caminos del hombre bueno son satisfactorios porque su bondad proviene de Dios, pero los caminos del infiel le producen hastío al final, llega a sentirse "hasta la coronilla", como decimos, harto de sus propios caminos.

Lo que aquí queremos enfatizar es que todo extravío empieza en el corazón. Y puesto que es así, sucede donde más importa. La persona puede sufrir una herida en casi cualquier parte del cuerpo, y sin embargo, puede que se trate sólo de heridas leves y comunes, pero una herida en el corazón es como mil heridas en cualquier parte del cuerpo.

Supongamos que voy al médico y le pregunto cuál es mi problema, y él me dice:

-Usted no tiene ningún problema en sus extremidades. Hasta su cabeza está bien, pero tiene un problema en el corazón.

Yo reacciono y digo:

-¿Mi corazón? ¡Eso es lo principal!

Lo mismo sucede en la vida espiritual. Un corazón herido es lo "principal". Por supuesto, cuando la Biblia habla del corazón, se refiere a la mente, fuente de las emociones y acciones. Y para empezar, esto es algo que no ignoras. Puedes hallarte en la senda de la perdición, y sin embargo nadie lo sospecha, ni siquiera los miembros de tu propia familia, tu iglesia o tu comunidad. Pero allá, en el fondo de tu corazón, sabes que algo anda mal, que por decisión propia, estás teniendo cada vez menos interés en la oración, y menos deseos de estudiar la Palabra de Dios. Hasta te cuesta orar al acostarte. Por supuesto siempre encontrarás una buena excusa para no hacerlo. Algunos la consideran una rutina enferma. "¿Por qué no orar antes de atravesar la puerta?" o, "Yo me mantengo en contacto con Dios durante el día". De hecho, muchos de los perdidos encuentran buenos y justificables motivos, para hacer o dejar de hacer tal o cual cosa, mientras prosiguen su camino descendente.

Descubres que es muy fácil descuidar las cosas espirituales y los deberes personales, tanto dentro de la iglesia, como en la casa en el seno de la familia. Te das cuenta poquito a poco, de que muchas de las cosas pequeñas, por simples que sean, van desapareciendo una por una de tu vida. En otro tiempo, ocupaban un lugar especial en tu vida, pero ahora todas van desapareciendo gradualmente, paso a paso.

El deslizamiento es siempre hacia abajo. Nadie se desliza hacia arriba.

¿Has intentado hacerlo alguna vez? Siempre es cuesta abajo. Ya fuera en el patio de recreo cuando éramos niños, o descendiendo una montaña, siempre es hacia abajo. Uno se extravía con suma facilidad y sin esfuerzo, sin que uno mismo ni los demás lo sospechen. ¡Cuán fácilmente sucede! Por ejemplo, nadie planea jamás tener un accidente. Un accidente simplemente sucede. ¿Has ido manejando alguna vez por las calles, mientras pensabas en los accidentes que ocurren a las demás personas? Y te dices: "nunca tendré uno de esos accidentes, porque soy equilibrado, porque hago esto y lo otro, y manejo con sumo cuidado". No, los accidentes automovilísticos suceden en forma tan inesperada, que cuando nos toca, tenemos que admitir que un accidente es un accidente.

Cierto día caminaba por el pórtico aún no terminado alrededor de mi casa, sin temor, y pensando "debo terminarlo, porque uno de estos días estas tablas sueltas van a provocar un..." Y al instante sucedió precisamente eso. Cuando uno se cae entre dos tablones de 5 por 24 centímetros, separados el uno del otro por 40 centímetros, y uno tiene poco más de esa misma medida en el centro, se da cuenta que deslizarse y resbalarse siempre ocurre hacia abajo. ¡Y tanto lo uno como lo otro puede ser realmente doloroso! ¡Y en esto tampoco se requiere el ejercicio de la voluntad!

A veces, nos confundimos al tratar de entender el lugar que ocupa el esfuerzo en la vida cristiana. Me gusta comparar la vida cristiana con una montaña congelada. Es como tratar de subirla, cincelandos escalones con un hacha para hielo. También se requiere estar atado al guía, porque de lo contrario, caeríamos en las grietas. No sucede de otro modo. Y todo lo que hay que hacer para deslizarse, es dejar de subir, e inmediatamente resbalamos cuesta abajo.

Todo sucede poquito a poco. Ahora bien, el sendero descendente ha sido construido por Satanás mismo. Y él es lo suficientemente inteligente, como para saber que ningún ingeniero capaz intentará construir una carretera que descienda por un farallón. Nadie que esté en su sano juicio, traza un camino desde la cumbre hasta el pie de una montaña, en línea recta. Él sabe que si alguna vez pudiera construirse un camino semejante, nadie viajaría ni transitaría por él. De manera que el camino descendente en la vida cristiana siempre es serpenteante y con curvas. Ahora bien, si miras hacia la derecha, apenas notarás la inclinación hacia abajo. Si miras hacia la izquierda, la inclinación es un poquito más pronunciada. Y entonces sigues alrededor de la curva cerrada, y así continúas. Nunca olvidemos que el enemigo no arrastra a la persona de las alturas a las profundidades, de una sola vez. Siempre lo hace paso a paso, poco a poco, lentamente, tanto es así, que apenas se nota al principio. Pero el camino se vuelve más empinado, a medida que se desciende.

Nunca he sabido que nadie, al despertar por la mañana, piense: "Bueno, hasta aquí llegué. Hoy me convertiré en un infiel". No, el descenso espiritual se produce como en el caso de una crónica y larga enfermedad. Y no se sabe cómo ocurre en cada caso particular. La anatomía de un descarrío, en términos de deslizamiento, probablemente sea imposible de trazar. Pero te das cuenta, tarde o temprano, de que algo anda mal, que te has enfriado.

La persona puede pasar de una vida ordenada a otra descuidada. Puede pasar de una vida descuidada a la indulgencia de la carne. Puede ir desde la indulgencia en las cosas pequeñas hasta un pecado conocido, y puede moverse entre un pecado y otro, hasta finalmente sumergirse en la inmundicia. Si te percatas de que sigues a Jesús de lejos, permíteme decirte que antes de mucho, estarás negando a Dios, como le ocurrió a Pedro. Así sucede siempre.

HAY ESPERANZA PARA LOS DESCARRIADOS

Veamos primero el papel de la esperanza. ¡Te aseguro que la Biblia tiene esperanza para el que se ha apartado! Para empezar, veamos mi texto favorito, Miqueas 7:18: "¿Qué Dios como tú,

que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia".

¿En qué lugar de la Biblia dice que Dios se deleita en la justicia? ¿En qué parte de la Biblia dice que Dios se deleita en la sabiduría o el poder? Pero aquí dice que se deleita en la misericordia. ¿No es esto una buena noticia? Él es sufrido, es paciente. Si fuera solamente un Dios de justicia, no habría esperanza para ninguno de nosotros. Pero una cruz solitaria plantada en una colina pública testifica que Dios todavía se deleita en su misericordia. Él se deleita en mostrar misericordia al peor de los pecadores. Y nuevamente, el hijo pródigo es un buen ejemplo. Su hermano mayor se deleitaba en la justicia, pero su padre se deleitaba en la misericordia.

Dios también muestra su misericordia hacia el cuerpo descarriado. El pueblo de Israel es un buen ejemplo de ello. Si usted duda alguna vez, en cuanto a cómo trata Dios la infidelidad y a los perdidos, todo lo que tiene que hacer es mirar al pueblo de Israel. No se trata de que estuvieran un día arriba y otro abajo. Su problema era siempre el mismo: persistir en sacrificar a los ídolos, y repetir esa rutina año tras año, por cientos de años, hasta sumar milenios. Finalmente vemos al Dios-Hombre, sumido en profunda tristeza mientras cabalga en un pollino, diciendo entre lágrimas: "He aquí vuestra casa os es dejada desierta". (Mateo 23:38). Pero él siguió enviando su mensaje de amor a individuos de esa misma nación, año tras año, y todavía lo sigue haciendo. Si usted quiere saber cómo se siente Dios, y cómo trata a los perdidos, no se olvide del pueblo de Israel.

Jeremías nos da la clave en cuanto a lo que Dios permite, para ayudar al perdido a volver. "Tu maldad te castigará, y tu infidelidad te condenará". (Jeremías 2:19).

¿Has visto alguna vez a un descarriado conocido tuyo, u otra persona, que llega a un punto en su vida cuando se encuentra a sí mismo, y decide regresar al redil? Quizás pensó que su vida sería como un gran carnaval, pero irónicamente, ésta se le tornó amarga. ¿Ha conocido o conoce a personas que se sienten enfermas y cansadas de llevar una vida miserable, porque ésta, después de todo, se ha convertido en un bocado nauseabundo, y estaban hastiados de pecar, de la transgresión y la disipación? Sí, sucede a veces. Pero lo hermoso de todo esto, es que cuando el infiel llega ese punto crucial, muchas veces Dios está allí, influyendo en la conciencia de la persona.

Veamos Jeremías 3:3, donde encontramos otra manera como Dios nos ayuda a entender. "Por eso las lluvias han sido retenidas, y faltó la lluvia tardía". Probablemente veamos cómo se aplica esto a la iglesia actual, y obviamente, al individuo en particular. Hay sequía. El sol abraza. Ha desaparecido el gozo, no más arroyuelos murmurantes. Los pájaros dejaron de cantar para el cabizbajo, lleno de culpabilidad y remordimiento. El mismo Dios lo perseguirá impidiendo la lluvia y otras bendiciones. Sucedió en los días de Elías.

De manera que hay factores que contribuyen al retorno del extraviado. Su propia necedad lo tiene aprisionado, y el mismo Dios lo corregirá. Pero ¿con qué propósito? Sólo con el fin de ayudarlo. Sólo con el propósito de sanarlo. "El que peca debe dolerse, y especialmente si se trata de un hijo de Dios. Porque el Señor ha dicho a su pueblo: 'De todos los pueblos de la tierra, sólo te reconozco a ti, por lo tanto, te castigaré por tus iniquidades'. Cualquiera puede no ser castigado, pero nunca el hijo de Dios. El Señor permitirá que sus adversarios hagan miles de cosas sin ser castigados, ya que ellos sólo pueden prever el juicio venidero. Pero en lo que se refiere a sus propios hijos, ellos no pueden pecar sin ser visitados con azotes". (Charles Spurgeon, Metropolitan Tabernacle Pulpit, tomo 42, págs. 73-81)

Aquí, el caso de David es oportuno. Su grave pecado produjo un escándalo, y pronto su hijo Amnón lo emuló en la iniquidad. Pero Dios no tuvo la culpa de esto. Se trataba simplemente de la ley de la siembra y la cosecha, y Dios no podía hacer nada para impedirlo. David asesinó a Urías hitita, y Absalón, su hijo, asesinó a su propio hermano Amnón. David se rebeló contra Dios, y Absalón

contra su padre. David perturbó la relación familiar de otro hombre, y su propia familia fue desgarrada, y nunca más disfrutó de paz. Él fue saturado de su propia indignidad.

Quizás viene bien una advertencia. Si pensamos que apartarse de los caminos de Dios no trae consecuencias, estamos equivocados. Al que piensa, "creo que me voy a apartar o a pecar, porque la gracia puede sobreabundar", le decimos que la rebelión siempre cuesta caro. No existe pecado sin consecuencias. ¡Nunca ha existido! La ley de la siembra y la cosecha dice que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Y cosechará, ni más ni menos, lo que sembró. La misma ley también dice que uno cosecha más de lo que siembra. Pero es maravillo saber que Dios continúa a nuestro lado, aun cuando estemos cosechando tristes resultados. Hay esperanza eterna para aquel que escucha las amorosas palabras de Dios, que nos dicen hoy: "Convertíos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones". (Jeremías 3:22)

Veamos ahora Jeremías 3:12 y 22, porque allí encontramos una aplicación del término errar que es muy significativa para nuestra consideración. "Vuélvete, oh rebelde Israel". "Convertíos, hijos rebeldes". Estas palabras están dirigidas a los rebeldes. No dicen, "regresa, penitente". No dicen, "regresen aquellos que han cambiado su vida y sus hábitos". No dicen, "regresen los que descubrieron que ahora resulta fácil esforzarse". No dicen, "regresen los que de pronto se han vuelto especialistas en eso de conducirse y actuar de la manera correcta". Dicen, "¡convertíos hijos rebeldes!" Y ésta es la única manera de que un rebelde verdaderamente pueda volver... como un descarriado. ¿No es cierto?

Obviamente cuando Dios nos pide que volvamos a Él, espera que lo hagamos con toda nuestra miseria. Notemos que no dice "ahora que cambiaste, te aceptaré". Antes bien, Dios te acepta tal como eres. Notemos también que no dice: "Cura tus heridas, y entonces vuelve a mí". Sino que dice: "Vuélvete a mí, con todas tus heridas infectadas, y yo te restableceré". Veamos, entonces, que si hay alguna esperanza para los perdidos, tiene que ser dentro del concepto de que Dios es el que hace la obra y sana. Tal parece, que muchos pecadores piensan que primero deben mejorar, y entonces acudir a Cristo. Una idea tal carece de fundamento. Se nos invita a ir a Él, tal como somos, carentes de toda bondad, virtud o esperanza. Se nos invita a ir a Cristo, sin importar cuál es nuestra condición.

Alguien podría objetar diciendo, que todos lo que sean rescatados deben creer en Jesús y arrepentirse de sus pecados. Así es. Pero ello no significa que usted deba empezar la obra de su salvación, y dejar que Él la termine. Acuda a Él sin nada. Acuda a Él con sus harapos, tal como es, y crea en ese Dios que justifica al impío. Acuda a Aquel que dice "no he venido a llamar a justos sino a pecadores". (Marcos 2:17). Inclinémonos con humildad, ante Aquel que lanza rayos desde el Sinaí al rostro de toda persona que se auto justifica (un santurrón), pero que ilumina con los suaves fulgores del Calvario, para guiar a todo verdadero y humilde pecador al puerto de paz y amor eternos.

Dios es el que sana. Nosotros no nos sanamos a nosotros mismos, ni siquiera en el plano físico, tampoco pueden hacerlo los médicos. Y eso mismo sucede en el ámbito espiritual. De ahí que la promesa en Jeremías es tan hermosa: "Yo te restableceré". Todo lo que nosotros podemos hacer es volver a Él.

¿Cómo podemos hacerlo? Obviamente, no es tratando de cambiar nuestros hábitos. Es acudiendo a Él, tal como somos. Si piensa que su esperanza se está desvaneciendo, ármese de valor otra vez, porque él dice: "Yo te restableceré". Si usted está leyendo estas líneas, entonces está acudiendo a él. Si está escuchando su Palabra, entonces está retornando a Él. Si se acerca a Él, en oración, está volviendo a Él. Usted no podrá cambiar su estilo de vida, pero puede decidir ponerse bajo la influencia santificadora de la Palabra de Dios. ¡Y Él le dice hoy: "Yo te restableceré!"

¿Cree que hay esperanza para los impíos? ¡Por supuesto que sí! Dios los ayuda a arrepentirse. Lo único que nos pide es que reconozcamos nuestra pobre condición, y nos

deshagamos de nuestra justicia propia y nuestros vanos esfuerzos. Estas son las dos únicas condiciones que debemos cumplir antes de poder convertirnos. Y el mismo Dios estará allí para ayudarnos.

Dejemos de depender de nuestras propias virtudes y de nuestras propias fuerzas.

Hay otra frase que se destaca en este capítulo: "YO SOY vuestro esposo". (Jeremías 3:14). Es sumamente interesante que Dios le diga esto a Israel. Evidentemente, se necesita mucho tiempo para divorciarse de Dios, muchísimo más de lo que se necesita para divorciarnos los unos de los otros. Cuando Dios dice que está casado con nosotros, lo dice valiéndose de casos como el de Oseas. Los teólogos todavía no se han puesto de acuerdo, si el caso específico de Oseas es una alegoría, o se trata de un hecho real. El profeta se casó con una ramera que lo abandonaba vez tras vez, pero aun así seguía casado con ella. En cierta ocasión, la compró en un mercado de esclavos. La perdonó y la aceptó. Usted puede leer la historia en el libro de Oseas. Y en Jeremías dijo lo mismo: "YO SOY vuestro esposo". Es obvio que Israel tenía poco o ningún compañerismo con Dios. Todo lo que el pueblo conocía y veía era acerca de Baal y del altar de piedra erigido en el Monte Carmelo, y de la adoración de ídolos entre los árboles y los bosquecillos verdes. Pero Dios les dijo: "Sigo casado contigo, y aún te amo y acepto".

Cierta vez leí el caso de una esposa, quien poco después de casarse, fue abandonada por su esposo. El hombre se trasladó a una ciudad distante para hacer fortuna y le dijo se comunicaría con ella. Pasaron cuarenta años y él se hizo rico. Pero dilapidó su fortuna. En todos esos años, ella recibió sólo una carta de él. Pero finalmente él supo que ella lo seguía esperando, y aunque estaba muy enfermo y en bancarrota, volvió a su antiguo hogar. Ella lo recibió con alegría, lo atendió en sus últimos días, y le prodigó todas las atenciones, cuidados y consuelos, hasta donde pudo. En mi opinión, ieste hombre merecía que lo ahorcaran! Y hasta creo que la horca habría sido demasiado benigna para él. Y entonces supuse que ella estaría enferma de la cabeza. ¡Pero no era así! Probablemente pocas veces escuchemos casos semejantes en este mundo de pecado, pero éste, en particular, representa el caso de Oseas y Gomer: de Dios y su pueblo, de la iglesia y usted. Él sigue amándonos. Él nos sanará.

Es probable que alguien piense que ha cometido el pecado imperdonable y diga: "He ido demasiado lejos". Pero recuerde que el mismo pasaje del cual extraemos los textos sobre el pecado imperdonable, Mateo 12, también dice: "Todo pecado y blasfemia serán perdonados a los hombres". (versículo 31). El único pecado que Dios no puede perdonar es aquel que no reconocemos ni confesamos. Es entonces cuando el Espíritu Santo llega a guiarnos.

Un día, Jesús dijo con los brazos extendidos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". (Lucas 23:34). Hasta el hijo pródigo que había planeado su vida de pecado, fue perdonado. Dios ha provisto la salida para toda suerte de infieles. No deje que el enemigo aproveche la ocasión para derrotarlo. No permita que lo conduzca a la desesperación. Hay esperanza, hay consuelo y hay ánimo para todos, hasta para usted y para mí. Amén.